

José Saramago

## La caverna

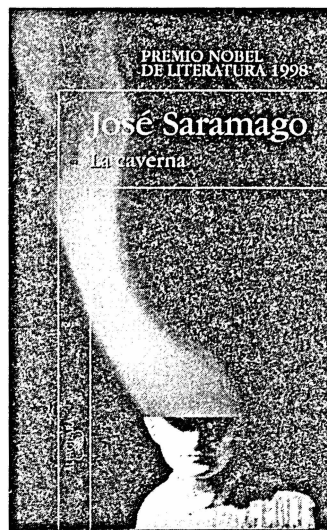
BOGOTÁ: ALFAGUARA, 2001, 454 pp.

por: Rubén Darío Flórez A.

En “La caverna” el portugués José Saramago cuenta la historia de Cipriano Algor que se resiste a desaparecer con la sabiduría de su oficio en la vorágine de la economía global.

Una vida, un hombre sin empleo, un horno de alfarería mítico, las frases de la tradición y un Centro innombrable traen una alucinante poesía, un preciso análisis y un encanto al borde de la nada. El lector queda suspendido en el hilo de la narración donde un artesano se convierte en metáfora de la existencia humana en tiempos del celular.

Saramago explora situaciones existenciales extremas de un acontecimiento opaco que no tendría la transparencia profunda de la vieja literatura. Hay un hombre de 64 años en una ciudad imaginaria a quien ocurre la tragedia que lo hará pedazos como un muñeco de alfarero. Es a partir del momento en que en un Centro que habita en la ficción de todos y de nadie, en un sórdido lugar, se decide rechazar la mercancía de cántaros, escudillas y vasos de arcilla, único sentido de la vida de Cipriano Algor cuando Saramago tejerá la novela del adiós de un oficio, un mundo y un destino.



Un artesano con humildad y entereza conmovedoras se decide a no dejarse derrotar por la tecnología que sustituye el oficio de las manos y la alfarería por el plástico: “Un hombre trae aquí el producto de su trabajo, sacó la tierra, la mezcló con agua, amasó la pasta, torneó las piezas que le habían encargado, las coció en el horno y ahora le dicen que sólo se queda con la mitad de lo que ha hecho” (p. 27).

Que la novela acuda a la sabiduría del lenguaje de un arte antiguo es un anacronismo provocador, pues desde el idioma de hombre viejo de Algor se conmueve el lector con la belleza trágica de una vida que tiene los días contados. La gran producción en serie transnacional y cuya alegoría es el deslumbrante Centro Comercial destruye un oficio, símbolo de generaciones y países. Mientras en el Centro se realiza la fiesta del consumo, sucede simultáneamente el ocaso del oficio del alfarero. Suena la hora para centenares de oficios, lenguajes, tradiciones y habilidades, lo sabe sin reproche y con amargura Cipriano Algor: “Los momentos no llegan nunca tarde ni pronto; llegan a su hora, no a la nuestra”.

El barro, la greda, el fuego que dora los objetos, la materia viscosa que tocan las manos de Algor, el alfarero, son contados y cantados como si se tratara de una cuestión de vida y muerte. Y lo es. Allí, junto al horno de alfarería está el escenario de la lucha de Cipriano Algor y su hija Marta. Aunque sean inútiles sus esfuerzos, sus palabras, su poesía traen la lección de la libertad de los que se niegan al fracaso. Fracasarán pero perdurarán.

El Centro ha declarado inútiles las piezas de alfarería que fabrica Algor. Cipriano con su hija deciden darle un giro a sus diseños y empiezan la fabricación de muñecos copiados de una Enciclopedia “ciclorama inmutable, máquina de proyectar prodigiosa cuyos carretes se quedarán bloqueados y exhiben en una especie de maníaca fijeza un paisaje que, condenado de esta forma a ser, para siempre jamás, aquello que fue, se irá volviendo al mismo tiempo más viejo, más caduco y más innecesario”. Padre e hija copian imágenes de oficios pretéritos para convertirlos en muñecos de barro: una cariátide, un asirio con barbas, un esqueleto con guadaña. Pero “el tiempo de estos muñecos ha pasado. Náufragos, remaban hacia una isla sin saber si se trataba de una isla real o de su espectro”. José Saramago muestra la condición de espectros de un hombre, de una mujer, de un perro, que entre los amores que los juntan y separan y el destino que los va rodeando, nos comunican cierta verdad que acaso sea la de todos. Cuando los oficios manuales desaparecen por la lógica implacable del mercado y la tecnología, los condenados se refugiarán en una esperanza sin porvenir, entre libros obsoletos “asomados sobre las viejas y amarillentas páginas...”.

Pero hay también una bella historia de amor que transcurre entre la desesperanza. “Hay cosas en la vida que se definen por sí mismas, un cierto hombre, una cierta mujer, una cierta palabra, un cierto momento”. Es el amor silencioso que con dudas y con timidez despierta en Algor por la viuda, la que conoció cuando regresaba con la noticia de que el Centro rechazaba su mercancía. Y está el amor misericordioso del perro callejero hacia el alfarero perdido.

En *La caverna* lo innombrado tiene mayor espesor de vida genuina. Lo ilusorio es más estridente. Es por la reflexión sobre la franqueza de las palabras y la doblez de los gestos que se descubre el artificio del Centro, espejo de los deseos, superficie sólida de sueños sin amor que aniquila la vida del alfarero.

La crítica a la grandilocuencia de las palabras acompaña a esta narración de Saramago. Se contrasta la sutileza de los usos del lenguaje de Cipriano Algor para quien “...cada persona es una isla, y no es cierto, cada persona es un silencio, eso, un silencio, cada una con su silencio, cada una con el silencio que es...” con la brutalidad de las palabras del Centro: “Autoritarias, paralizantes, circulares, a veces elípticas”.

Pero es una batalla que no sabemos cómo decidirá la suerte de Cipriano Algor, enfrentado con su oficio frágil al nuevo poder. No es el lúgubre castillo de Kafka, parecido a una prisión. El emblema del último poder es seductor, con música y luces. El Centro no es ominoso; allí se puede “experimentar sensaciones naturales: lluvia, viento y nieve a discreción” (p. 400). Es una situación absurda: un hombre que fabrica muñecos de barro decidido a seducir al omnímodo y omnipotente seductor, al Centro que lo ha descartado por viejo y anacrónico.

*La caverna* con un lenguaje elemental de múltiples resonancias, nos hace soñar el sueño despiadado de seres que se enfrentan a fuerzas superiores, las de un mercado mundial al cual ellos pretenden convencer y entender con el lenguaje de una Enciclopedia obsoleta. Si la literatura es un juego de ternura, metafísica y absurdo sobre la condición humana, Cipriano Algor –con su rendido corazón pretendiendo exorcizar al Centro con sus pobres muñecos– es una expresión maravillosa y trágica del hombre de nuestra época. Cipriano Algor es la caricatura de un ángel de arcilla derrotado por el mundo globalizado de las transnacionales.